

El Dr. Andrés Zavrotsky que aún puedo recordar

Hebertt Sira Ramírez *

-Ese señor que viene ahí, es el Dr. Zavrotsky-, me dijo mi madre en voz baja. El hombre, impecablemente vestido de flux y corbata se bajó de la acera y nos dejó pasar mientras susurraba un “buenas tardes” casi imperceptible, pero que dejó adivinar un fuerte acento extranjero. Me impresionó la seriedad de su rostro, la suavidad de sus gestos y un halo de misterio al que contribuían unos lentes oscuros que impedían ver su mirada, pero que sí dejaban escapar por encima unas cejas muy pobladas, en remate de una frente amplia flanqueada de profundas entradas. Ya alejados, acera abajo, mi madre se volteó discretamente y agregó, aún en voz baja para evitar ser oída, ... “dicen que es el quinto matemático del mundo”... Nunca olvidé aquel primer encuentro casual con quien años más tarde habría de ser no sólo mi respetado y apreciado profesor de Análisis Matemático, sino, mi mentor académico, guía profesional e invaluable amigo. Por supuesto, que desde ese día, al avistar su figura inconfundible, le repetía entusiasmado a quien fuese mi acompañante ocasional la misma frase que de él había pronunciado mi madre.

Yo era para entonces un muchacho, de diez años cumplidos, y corría el año de mil novecientos cincuenta y nueve. Una Mérida completamente distinta a la que hoy tenemos se asomaba con timidez a la época democrática. Una ciudad en la que rara vez pasaba algo de importancia había sido introducida un año antes a esta nueva época política del país con el saqueo de la compañía concesionaria *Ford* y revueltas severamente reprimidas por la Seguridad Nacional. El despertar democrático trajo consigo una época de búsqueda y substitución, un tanto desorientada, de valores que aún trataban de arraigarse en la taciturna paz de la ciudad y la natural sencillez de sus habitantes. Fue en esa ciudad en la que por propia voluntad y escogencia encontró sede permanente aquél enigmático personaje venido de algún lugar de Europa, aventado seguramente por la desgracia de sus guerras. Era estampa familiar aquel hombre semi-encorvado que, profundamente concentrado en sus pensamientos, recorría solitario las soleadas calles de la ciudad a pie. Al decir de la gente, marchando siempre en dirección opuesta a la de circulación de los escasos automóviles.

Crecimos en la parroquia del Espejo, colindante con el barrio Barinitas donde vivía este caballero de quien se rumoraba había llorado por las calles la muerte

*Universidad de Los Andes. Mérida.

de Einstein en 1955. Aprendimos a admirar el silencioso y solitario andar de aquel hombre cabizbajo, con las manos entrelazadas a su espalda, que ocasionalmente hablaba consigo mismo, haciendo alguna gesticulación con las manos y los brazos, como si discutiese con un interlocutor invisible. Por aquellos años, en una Mérida deliciosamente pacífica y pueblerina, alguien con los méritos y habilidades intelectuales del Dr. Zavrotsky difícilmente podía pasar inadvertido, tanto al aprecio y respeto colectivos como a la viva, pero sana, imaginación de sus gentes. Resultó entonces natural que se tejieran, por ese entonces, toda una serie de mitos y se relataran variadas anécdotas pertinentes a la fama y sabiduría del inmigrante profesor. Ignoro aún la entera veracidad de las mismas pero, habiéndole conocido bien, no dudo que muchas de ellas tuvieran fundamentación en hechos verídicos, aunque naturalmente distorsionados por los efectos de la transmisión oral.

Se comentaba con insistencia, como para ratificar su rango de “quinto matemático del mundo”, que el Profesor Zavrotsky había calculado algún tramo, quizás el último, del para entonces recientemente inaugurado Teleférico de Mérida ¹. Su contribución habría sido necesaria por cuanto, ante la dificultad del problema técnico, la compañía francesa que estaba construyéndolo quería evadir responsabilidades por no encontrar solución práctica para la construcción de ese tramo, el cual es, ciertamente, uno de los más largos y el más riesgoso de todo el recorrido. Habría sido el Dr. Zavrotsky quien les demostrase a los ingenieros franceses la factibilidad de la construcción en base a cálculos irrefutables. Similarmente, no faltaba quien dijese que los ingenieros responsables del proyecto de la sede del Colegio de Médicos habían tenido que consultarle la forma de calcular el techo, nada convencional, del auditorium de ese centro profesional. Esta tarea la habría realizado el Dr. Zavrotsky en unos pocos minutos encontrando, de paso, múltiples soluciones al problema. Nadie dudaba que el Dr. Zavrotsky sabía de memoria el logaritmo de cualquier número, en especial se aseguraba que podía extraer tanto el logaritmo como la raíz cuadrada del número inscrito en la placa de cualquier automóvil, mientras éste se le acercaba. La creencia generalizada es que aquel hombre, capaz de realizar mentalmente cualquier cálculo numérico por complicado que fuese, estaba continuamente resolviendo complicadísimos problemas durante sus largas caminatas, las cuales ejercía por un supuesto temor a montarse en automóvil. Todas estas creencias eran parte de la base de una admiración colectiva con que la gente de la ciudad retribuía la callada, además de modesta y ordenada, vida de este hombre que muy pocas personas conocían de veras.

Su fama de matemático y calculista también iba acompañada de anécdotas que ilustraban su generosidad y desprendimiento. Se contaba que en sus habituales paseos nocturnos habría encontrado repetidas veces en la acera a un joven

¹El teleférico de Mérida fue inaugurado en 1958 y continúa siendo el más largo y alto del mundo.

que insistentemente miraba, hacia adentro, desde la ventana de una casona que servía de sede a una cierta “Academia de Mecanografía”. Ante la pregunta, por parte del Profesor, de su objetivo en esta reiterada pérdida de tiempo, el muchacho habría respondido que deseaba estudiar mecanografía, pero que no podía ingresar a la “Academia” por cuanto debía poseer una máquina de escribir y no tenía recursos para adquirirla. Pensaba que mirando, podía aprender algo. La próxima noche, frente a la ventana de costumbre, el Dr. Zavrotsky le habría dado en regalo una máquina de escribir completamente nueva junto al recibo de pago de la inscripción. Un cuento menos difundido y conocido quizás sólo por la familia de una dulce y “hacendosa” mujer merideña, quien al parecer llamaba la atención del Dr. Zavrotsky por su belleza, buena educación y gran calidad humana, relataba que en cierta ocasión el Profesor Zavrotsky le obsequió a la joven una caja de fósforos. Al abrirla, halló dentro varias piedritas de forma caprichosa, el ala de alguna mariposa, con la inexplicable inscripción natural de un número, un alfiler dorado, el cadáver de algún bachaco y, quizás, algún que otro papelito de color. Sin duda una colección de genuina basurita, sin valor material alguno. Ante tan singular presente, el Dr. Zavrotsky habría explicado a la dama que en su continuo caminar por calles y aceras siempre pensaba en ella, y una forma de demostrárselo era coleccionándole aquellas cosas que a él, en su continuo caminar siempre mirando el suelo, le llamaban la atención y que habían sido capaces de distraerle, aun cuando fuese por un instante, de la fijeza de su pensamiento en ella.

Por el año sesenta y tres, cursábamos tercer año de bachillerato en el Liceo Libertador. Jesús Alfonso Pérez Sánchez e Iván Atilio Spinetti ² eran, sin duda alguna, los mejores alumnos de todo el instituto, especialmente en el área de las matemáticas. En una ocasión ambos discutían cómo encontrar la solución de la ecuación que surge de la siguiente pregunta: ¿Cuál es el número real que elevado a sí mismo, como potencia, iguala a la raíz cuadrada de dos. Es decir, encontrar la solución de la ecuación transcendente,

$$x^x = \sqrt{2}$$

Ni Jesús ni Iván habían podido resolver el problema. Preguntamos a varios profesores y, en definitiva, ninguno de los docentes del Liceo fue capaz de darnos una respuesta adecuada. Quienes participábamos en la búsqueda de problemas que retaran las habilidades de Jesús e Iván acudíamos ocasionalmente al libro *Geometría Elemental*, del autor Manuel M. Bruño, que había sido utilizado a principios de siglo para la enseñanza de geometría en el sexto grado de educación primaria en España. Los problemas eran de aparente complejidad y más que herramientas sofisticadas requerían, para su resolución, agudo ingenio. Recuerdo que uno de los problemas consistía en calcular el área de la figura, en

²Actualmente profesores del Departamento de Matemáticas de la Facultad de Ciencias de la U.L.A.

forma de cruz, que se obtiene dentro de un cuadrado de lado a , arbitrario pero conocido, al subtender un arco de un cuarto de circunferencia desde cada uno de los vértices del cuadrado, tal como se muestra en la figura.

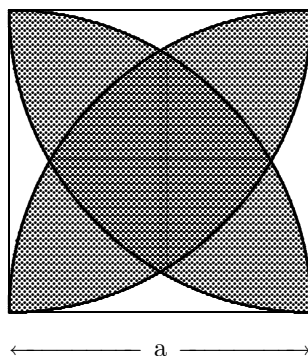


Figura 1. Calcular el área de la parte sombreada...

Algún aventajado estudiante de ingeniería nos resolvió el problema utilizando cálculo integral, muy lejano de nuestros escasos conocimientos. A nuestra forma de entender, tal metodología de solución, aunque correcta, no era esperable que pudiese dominar un alumno de sexto grado de educación primaria, así fuera español ! Un sábado por la mañana fuimos a visitar al Dr. Zavrotsky en la modesta casa de dos pisos que le sirvió de morada por el resto de su vida en su querida ciudad de Mérida. Era ésta la primera vez que hablaríamos con él y quizás asediados más por la curiosidad de conocerlo que otra cosa, iríamos a plantearle los dos problemas que no habíamos podido resolver. Nos recibió muy amablemente e incluso nos hizo pasar al segundo piso de su residencia, a una habitación que le servía de lugar de trabajo. Nos llamó la atención la poca cantidad de muebles y la sencillez de los mismos. Simplemente había allí, una humilde mesita, provista de tintero y pluma, con un taburete tradicional y unas dos vitrinas pequeñas pero repletas de libros en varios idiomas, notablemente, inglés, francés y algunos en ruso. Nos hizo sentar en un diván y procedimos a plantearle el primer problema. Inmediatamente esgrimió la pluma y en un abrir y cerrar de ojos nos dio la respuesta con cinco cifras decimales. Procedió inmediatamente a explicarnos que la solución la había obtenido por el “método de las aproximaciones sucesivas” dándonos una explicación geométrica de cómo funcionaba el algoritmo, debido al gran Newton. Debo confesar que durante los pocos minutos que estuvo calculando ciertamente no consultó tabla de logaritmos alguna.

$$x = 1.30435...$$

Cuando le formulamos el segundo problema, relativo a calcular el área de la cruz dentro del cuadrado, nos dijo con cierto asombro que solamente teníamos que calcular una integral muy sencilla. Le confesamos que no sabíamos integrar aún pues apenas estudiábamos bachillerato y que, además, el problema lo habíamos extraído de un libro de geometría de escuela primaria. Esto le llamó poderosamente la atención y el problema le interesó sobremanera. “Hay que resolverlo entonces por métodos elementales”, dijo- y se sentó a reflexionar. Estuvo batallando con el problema pocos pero largos minutos, haciendo trazos sobre una hoja de papel ministro y dándose fuertes palmadas sobre su frente. Finalmente, cuando ya empezábamos a sentir cierta pena e impaciencia por hacerle perder el tiempo con problemas intrascendentes, dijo en voz alta y ronca, denotando genuina alegría “ Aja!,... creo que ya tengo una solución...” e, inmediatamente, procedió a explicárnosla usando solamente algunos postulados básicos de la geometría euclídeana. Su ingeniosidad era fascinante.

A mediados del año sesenta y cuatro se abrió un cursillo propedéutico para los alumnos recién ingresados a cursar estudios de ingeniería. A la sazón vivía en mi casa Rafael Guerrero Lamanna, hijo de un viejo amigo de la familia quien estaba decidido a estudiar Ingeniería Forestal. Viendo mi interés en las matemáticas, Rafael me invitó a escuchar la clase introductoria del “cursillo”, como se le llamaba en esa época a tales cursos remediales. Me interesó sobremanera atender la invitación pues era el Dr. Zavrotsky el encargado de dictar la materia Matemáticas para los alumnos del cursillo de Ingeniería Forestal. Por supuesto que asistí a todas y cada una de las clases del curso en calidad de polizón, pues aún ni siquiera empezaba a estudiar el quinto año de bachillerato. Las clases del Dr. Zavrotsky eran una verdadera delicia, su puntualidad y constancia eran impecables. Dominaba la audiencia con voz grave un énfasis inusual y exagerado en las consonantes explosivas como la t y la p , pero igual hacía explosivas otras consonantes, aun sin serlas. En alguna oportunidad me manifestó que lo hacía para mantener la atención de los alumnos evitando así su distracción. Su letra era elegante, sus trazos fuertes y precisos sobre la pizarra, en tizas de diferentes colores. Siempre preparaba sus clases y llevaba un resumen, rara vez consultado, en cualquier hoja de cuaderno. Jamás le vi rectificar un desarrollo, o tener que repetir un cálculo por haber cometido un error o haber incurrido inicialmente en alguna omisión. Era considerado y atento en dar respuesta oportuna y precisa a las preguntas de los alumnos. No se molestaba por las interrupciones causadas por las frecuentes indagatorias y era amante de romper la monotonía y el cansancio colectivo de la clase relatando alguna anécdota, cuento o chiste, cargados siempre de un fino humor que muchos no alcanzaron jamás a apreciar. En el cursillo aprendimos a derivar,

a resolver problemas de máximos y mínimos, con los cuales motivaba la utilización de la “Tabla para la Resolución de las Ecuaciones Cúbicas”, obra de su propia realización, hecha *a mano* durante diez años de su productiva vida. Nos proponía ejercicios conducentes a largas rutinas de “interpolación lineal”. Igualmente nos enseñó a utilizar unas “Tablas para Cubicación de Madera en Árboles” también elaboradas por él mismo y cuyo destino final desconozco. Finalmente nos deleitaba siempre realizando muy rápidamente cálculos complicados en forma mental ya entrecerrando los ojos haciendo ocasionales cuentas, en letra muy pequeña, al borde de la pizarra. Creo que el cursillo motivó grandemente a aquellos alumnos interesados en la Ingeniería Forestal y para mí resultó en el encauzamiento definitivo de lo que sería mi vida profesional en la ingeniería. Presenté el examen final del cursillo, a pesar de no estar inscrito formalmente en el mismo. Me impresionó el celo con que cuidaba que alguien osara copiarse en un examen. Le molestaba terriblemente que alguien siquiera voltease a mirar a un lado durante el curso de la prueba. Me pareció inusual el que nos obligara a presentar examen a tinta pues para él era inaceptable rendir una prueba utilizando bolígrafo o lápiz de carbón. Por esta razón advertía insistentemente, antes del examen, de la necesidad de traer pluma para la elaboración del mismo. Por supuesto que permitía las tachaduras, pero sabíamos que éstas eran una prueba irrefutable de nuestra incompetencia y por lo tanto debíamos evitar caer en errores que las produjesen. La nota de mi examen fue publicada, advirtiendo de su propio puño y letra que mi nombre no aparecía en el listado oficial. Jamás le aclaré mi presencia ilegal en el cursillo y por ello, nunca entendió, cuando años más tarde me encontró como alumno en el curso de Análisis Matemático V de la Escuela de Ingeniería Eléctrica, por qué razón habiéndome iniciado con tan buena actuación, no había proseguido estudios de Forestal ya que había notado mi ausencia en todos los cursos regulares de Análisis de la Escuela de Forestal. Su memoria era altamente confiable y por ésta y otras razones resultaba muy difícil engañarle.

Finalizado el curso de Análisis V, tuve el gratísimo honor de ser propuesto ante el Consejo de Facultad, por el propio Profesor Zavrotsky, para ocupar el cargo de Preparador de las materias Análisis IV y Análisis V. Las obligaciones del preparador consistían en realizar prácticas de salón, exponiendo y proponiendo problemas preparados, así como resolviendo problemas traídos por los alumnos. Cada dos semanas debía realizar una evaluación escrita y asignar calificaciones al curso. Debía reunirme con él semanalmente y presentarle los problemas que serían expuestos y propuestos a los alumnos el día sábado por la mañana, así como discutir detalladamente con él los problemas del examen y revisar uno a uno los exámenes rendidos y discutir la calificación impuesta. Recuerdo el haberme advertido que, aunque no era amigo de supervisar las prácticas, debería saber que en cualquier momento asistiría a una de mis exposiciones, pues este era su deber como profesor de la materia. Así lo hizo.

Creo que es la clase más cuidadosamente expuesta que hube de dictar en toda mi vida. Durante toda la clase permaneció silencioso, sin intervenir. Prudentemente, luego de la clase, me solicitó que lo acompañara a su cubículo. Creí que mis días de preparador habían llegado a su fin. Ya a solas, a la par de darme una inmerecida felicitación motivadora y ensalzar mi actuación con frases sencillas pero generosas, también me dió valiosas indicaciones sobre la necesidad de mantener un orden estricto en la pizarra, de no dar la espalda al alumno mientras se habla y hasta la necesidad de una sintaxis correcta en el discurso y corregir la odiosa utilización de extranjerismos. Amables enseñanzas vertidas casi con cariño paternal que me fueron útiles durante toda mi vida de docente.

Al año siguiente fui de nuevo su preparador en las materias Análisis V y Sistemas Lineales. Preparadurías que me dieron la oportunidad, ambas por la suma de doscientos bolívares mensuales, de ser guiado, supervisado y, por qué no decirlo, generosamente protegido por el Dr. Zavrotsky en los inicios de mi actividad docente.

El Dr. Zavrotsky era poco dado a aceptar “colas” en automóvil. Pero en más de una ocasión lo tuve de pasajero a mi lado. Su conversación era animada y vigilaba con preocupación la ruta advirtiendo la intención de los peatones y solicitándome que conversara sin quitar la vista de la calle. Cierta tarde que caía un torrencial aguacero mi madre y yo le ofrecimos la cola a las puertas de la Facultad de Ingeniería donde esperaba con un sobretodo y un sombrero de fieltro. Se negó a aceptar nuestra oferta con toda educación, pero nos pidió que, a cambio, le diéramos la cola a unas secretarías que esperaban en el atrio de la Facultad. Abrió la pesada reja en medio de la lluvia y nos hizo entrar al patio de la Facultad en el auto para hacernos llegar hasta donde esperaban las dos damas. Su espíritu era generoso y no le permitía pensar en sí mismo antes que en los demás.

El Dr. Zavrotsky fue un amante fiel de nuestra geografía e historia y en especial de nuestras montañas, nuestros ríos, lagunas y glaciales. Era capaz de nombrar de memoria todos los pueblitos y caseríos que se encuentran entre Mérida y Barinas, entre Mérida y El Vigía, entre Mérida y Valera. No conozco muchos merideños que puedan hacer lo mismo. Conocía absolutamente cada rincón del Estado Mérida y recordaba pasajes interesantes de su historia. Conocía las leyendas y las obras de Don Tulio Febres Cordero y Mariano Picón Salas como quizás pocos merideños las conocen. Durante algunos años se dedicó a averiguar la razón de la coloración particular de muchas de nuestras lagunas naturales de la serranía, tales como la de la Laguna del Suero, la Laguna Negra, la Laguna Verde, etc. En una oportunidad, un grupo de alumnos de Ingeniería que además practicaban el andinismo y disfrutaban escalando montañas (solo recuerdo a Ermanno Pietrosémoli ³ como integrante de ese grupo), se ofreció a

³Actualmente Profesor de la Escuela de Ingeniería Eléctrica de la Facultad de Ingeniería de la U.L.A.

tomar las muestras de agua de una de esas lagunas y así ayudarle en su investigación. Estas muestras serían enviadas por el Profesor Zavrotsky a algún laboratorio especializado en Alemania para su análisis y clasificación de los microorganismos y especímenes vegetales que allí pudieran encontrarse. La esperanza era, repito, dar una explicación científica a la coloración particular de las lagunas. Debido al mal tiempo y la densidad de la neblina los muchachos no lograron llegar ese fin de semana a la laguna y a su regreso le comunicaron al Dr. Zavrotsky la imposibilidad de cumplir con la misión así como la necesidad de esperar el cambio de época de lluvia por la de sequía para así conseguir la muestra con mayor comodidad. La noticia la recibió el profesor Zavrotsky a eso de las cinco de la tarde, un día domingo. Su indignación fue tal, que a esa misma hora, emprendió camino hacia la laguna, armado de sus botellas y redes especiales. En plena noche recogió la muestra y regresó a tiempo para dictar su clase a las siete de la mañana, como era su costumbre. En la clase, mostrando heridas frescas en las manos, comentó que a pesar de su avanzada edad y precario estado de salud, todavía podía hacer lo que mucha gente joven y fuerte, a las que se refirió sin nombrar, no podían hacer. Aún recuerdo la expresión de genuina vergüenza en la cara de Ermanno.

Otro de sus más genuinos intereses fue el investigar las causas del fenómeno del “Relámpago del Catatumbo”. Realizó expediciones en compañía de otros profesores de la Facultad con el fin de precisar las coordenadas geográficas del fenómeno. Era aquella una época en la que el financiamiento a las actividades de investigación brillaba por su ausencia y muchos de los gastos corrían por cuenta del interesado. En esta investigación en particular habría de contarse con las penurias personales de tener que acampar a cielo abierto, en medio de la región pantanosa donde se sucede el fenómeno. Los resultados de esta determinación aparecieron en uno de los números de la Revista Ciencia e Ingeniería con la que siempre colaboró de manera activa, escribiendo artículos sobre las matemáticas, sobre ecología, historia y geografía. En sus últimos años reclamaba con cierta vehemencia la necesidad de continuar indagando sobre los muchos temas de investigación que él iniciara durante su vida activa.

Sus vacaciones siempre las disfrutaba en algún lugar exótico. A su regreso invariablemente nos preguntaba: “¿Sabe donde estuve de vacaciones?”, la respuesta iba acompañada del acto de mostrarnos una foto tomada por él mismo; las pirámides de Egipto, las cataratas del Niágara, y, en una oportunidad, rodeado de pingüinos en alguna estación del Polo Sur.

Hablaba varios idiomas. El ruso, su idioma materno y del cual, por alguna razón, no le gustaba hacer gala. Produjo, sin embargo, una traducción completa al castellano del libro “Teoría de los Números” de Vinogradov y más recientemente del libro “La Intuición Sensorial Intelectual y Mística” de H. Losky. No hay duda alguna que su español era excelente. Cuántas veces nos corrigió a nativos y extraños sobre el correcto uso del idioma y la conjugación

apropiada de los verbos y sus observaciones sobre nuestra inexcusable falta de sintaxis. Su conocimiento de la gramática castellana era todo menos superficial. Presencí largas conversaciones, en francés, con profesores francófonos como el Dr. Chaugury quien hablaba muy poco castellano y algunos otros francófilos, como el Dr. González Delgado. En más de una ocasión le observé conversando animadamente, en fluido japonés, con el Sr. Yonekura, desaparecido dueño del entonces *Almacén Japonés*. Su inglés era educadísimo con un claro acento londinense y un deleitable dominio de sus modismos. Ignoro si hablaba otros idiomas pero confesaba que “entendía el alemán”. En cierta ocasión nos comentó lo poco sintético que era el idioma alemán, comparado con el inglés, por ejemplo. Produjo una foto que había tomado de un aviso escrito en alemán en alguna calle de Berlín y en el cual aparecían al menos unas 20 palabras en alemán y tan solo unas 4 en inglés en la parte inferior. “¿Sabe lo que dice el aviso en alemán? ” A nuestra negativa respondió: “lo mismo que el escrito en inglés: Prohibido estacionarse en este lugar”.

Cuando ingresé como Profesor Instructor en la Escuela de Ingeniería Eléctrica en el año setenta, insistió en que compartiera su cubículo, honor que no dudé en aceptar de inmediato. Estando ya cercana su jubilación deseaba que la materia Análisis V quedara a mi cargo, como en efecto lo logró a través de una propuesta al Departamento. Era el Dr. Zavrotsky un hombre muy puntual en el cumplimiento de sus deberes. Jamás faltó a una clase, a no ser que estuviese hospitalizado. Durante los dos años que tuve el placer de ser su compañero de oficina, aprendí de su modestia, de su sencillez, de su preocupación por el deterioro que se le hace a la naturaleza y al ambiente. Su conocimiento de la Historia Universal era vasto y, sobre todo, salpicado de un sinnúmero de anécdotas que siempre le resultaron oportunas en su labor de enseñanza y que, además, hacían de él un culto e interesante interlocutor. En especial conocía con mucho detalle la Historia de las Matemáticas y mantenía en la pared una colección de retratos de los más famosos matemáticos y físicos. Era un hombre eminentemente digno y sumamente considerado con los demás. Jamás le escuché pronunciar una vulgaridad, por muy enfadado que se encontrara, y según sus propias palabras: “...jamás me permito alzarle la voz a nadie...” Gustaba de la buena poesía y, por ello, en una ocasión después de oírle recitar en un perfecto inglés el poema *El Cuervo* de Edgar Allan Poe, le recité algunas estrofas de una versión en castellano del poema, atribuida a Andrés Bello. Me confesó que no conocía esa versión y me pidió que por favor se la recitase completa pues él solamente conocía la traducción hecha por Pérez Bonalde, la cual procedió a recitar de un tirón. Se la recité y a su pedido repetí una que otra estrofa mientras escuchaba con gran atención. Al día siguiente me recitó de memoria, estrofa por estrofa, las dos versiones haciendo todo género de comparaciones y referencias a la versión original, al tiempo que evaluando y criticando la forma de traducir de uno y otro autor. Al final seguía prefiriendo la versión de Pérez

Bonalde, le parecía más elaborada y mejor ajustada a la original.

La realización de estudios de postgrado en el exterior me hizo perder el contacto con él durante algunos años. A mi regreso, lo encontré ya como profesor jubilado, viviendo en su casita de la Avenida Viaducto, antigua prolongación de la calle Campo Elías. Allí atendía las visitas con cortesía, amabilidad y franca amistad. Dedicaba las tardes a largas siestas y si el día estaba frío prefería no abandonar el lecho, pero al requerimiento de algún visitante, salía, a veces en pijamas, y pedía muy educadamente que le esperasen. Luego de una larga espera se presentaba correctamente trajeado. Su conversación siempre giraba en torno a algún problema de investigación sobre el que estaba trabajando y con humildad solicitaba siempre la ayuda en alguno que otro aspecto del mismo. Sus temas variaban, desde problemas de resolución de ecuaciones en derivadas parciales para encontrar la expresión exacta del campo magnético de un imán, hasta la proposición de un nuevo sistema de discado telefónico que permitiese verificar los dígitos antes de hacer la llamada.

Tuve el privilegio de contar como jurado al Dr. Andrés Zavrotsky en cada uno de mis trabajos de ascenso. Era meticuloso, exigente y preciso en la corrección y evaluación de los mismos. Sus observaciones siempre fueron pertinentes y su crítica era acuciosa y educada. El trabajo de reescribir, a regañadientes, algunas páginas y capítulos enteros puedo agradecerlo hoy, con toda sinceridad, pues sus observaciones nunca fueron injustas ni caprichosas. Su firma en todos mis trabajos es mi mejor orgullo y franca garantía de estar, por lo menos, bien escritos.

En sus últimos años se quejaba, con gran sinceridad, de sentirse muy atrasado en sus conocimientos sobre matemáticas. En cierta ocasión le llevé un computador portátil para que viera alguna de las cosas que podía hacer el programa *Mathematica*. Le fascinaba ver cómo la máquina podía sacar integrales y derivar expresiones complicadas. Sin embargo, le divertía proponer evaluaciones de integrales que sabía eran imposibles. No le disgustó ver que la máquina daba por respuesta, en esos casos, los primeros términos de la serie que aproximan la integral propuesta. Jamás quiso creerme, pues nunca se lo pude demostrar, que *Mathematica* permitía hacer demostraciones de teoremas en forma autónoma, para lo cual se debe tener un buen dominio de su programación, cosa de la que carezco. Le demostré que el programa permitía el cálculo del número π con 10.000 decimales en algo más de un minuto. Recitó de memoria, para verificar la exactitud del cálculo realizado, los primeros cien dígitos y luego me mostró un folleto de su propiedad donde estaba calculado el enigmático número con un millón de decimales. Sentía gran placer al recibir de obsequio libros divulgativos y actualizados sobre matemáticas. En una ocasión le regalé un libro sobre Caos, escrito por Penrose, y otro de Stephen Hawkins sobre la física moderna, así como el clásico, “La experiencia Matemática” de Davis y Hersh. Era un lector ávidamente interesado y su excelente formación siempre le per-

mitía formular críticas, encontrar defectos o imprecisiones en la exposición y, por supuesto, reconocer valores en todo cuanto leía. Siempre ripostaba mis obsequios, regalándome separatas de sus múltiples artículos y libros como el de Kleene, Hardy y muchos otros que aún conservo con gran cariño, a manera de recuerdo. En una de las muchas visitas que le hice, tuve la oportunidad de ver algunas de sus varias patentes. Una de ellas describe un ingenioso aparato, construido a base de espejos que deslizan perpendicularmente sobre un plano, y que permite, mediante un rayo de luz, obtener el máximo común divisor de dos enteros cualesquiera. Todas las patentes que me mostró fueron tramitadas y obtenidas en los Estados Unidos, país al que nunca quiso visitar por razones que siempre prefirió callar. Conservo aún su “Tabla para la Resolución de Ecuaciones Cúbicas” autografiada de su puño y letra. Según su propio relato, el manuscrito original de esta tabla lo habría perdido cuando el barco de pasajeros donde viajaba fue hundido por un torpedo, ya a finales de la guerra. Diez años de trabajo incesante fueron a reposar, para siempre, al fondo del mar, junto a sus pertenencias y documentos académicos. En algún cuaderno que logró salvar y mientras naufragaba en el bote salvavidas, en compañía de otros pasajeros, recommenzó, allí mismo, el trabajo que le costaría diez años más de su fructífera existencia y que, finalmente, vio la luz en su querida Mérida, gracias al trabajo hecho en la imprenta de la Universidad de Los Andes.

Por invitación de la Academia de Mérida, nos dictó, una tarde memorable del año 94, lo que sería su última conferencia frente a un grupo de universitarios. Esta conferencia, para quién esté interesado, está reproducida *in extenso* en el último Boletín del año 1996 de la Academia. En este trabajo, llama enfáticamente la atención sobre la necesidad de que el Ministerio de Educación impusiera el uso correcto del idioma castellano en los libros de texto de matemáticas para la educación primaria y de bachillerato. Al respecto, se permitía hacer valiosas recomendaciones específicas y muy pertinentes. Todos disfrutamos, como otrora, de su plática, ayudado por un pizarrón incómodamente pequeño que él mismo trajo, bajo su brazo, a la sede de la Academia. Al parecer, en sus últimos años se había dedicado a enseñar a un grupo de niños de primaria y a ayudar a jóvenes de bachillerato, dictándoles, gratuitamente, clases de matemáticas en su casa de habitación.

El Dr. Zavrotsky nunca quiso hablar públicamente de su vida y jamás permitió entrevistas ni homenajes de índole alguna. A quienes tuvimos el placer de conocer su genuina modestia y supimos brindarle nuestro cariño sincero nos confió, aisladamente, pasajes y circunstancias de su vida que por respeto también debemos callar. Su ejemplo de generosidad, abnegación y honestidad, más que los detalles de su transcurrir por este mundo, constituyen el mejor de los argumentos con que se puede escribir su historia. Lo otro, las anécdotas que cada uno de nosotros podamos recordar, siempre permitirán llenar volúmenes enteros. En ellas irán indefectiblemente impresos su amor y entrega total al

prójimo, en especial al desprotegido y al menesteroso. Fue un gran universitario, un excelente profesor, un invalorable amigo y un intachable ciudadano. Amó esta tierra, y a sus gentes, con sinceridad, con compasión y con generosidad. Cientos de sus ex-alumnos, diseminados hoy, como profesionales o no, por todos los rincones de la patria, le recordarán, seguramente, con admiración, respeto y agradecimiento.

Los hechos que acaecieron luego de su muerte, en relación particular a la larga espera que su cadáver hubo de sobrellevar, mientras se daba cumplimiento a su voluntad de ser donado a la Facultad de Medicina, constituyen el epílogo trágico y absurdo que nos debe llenar, a todos por igual, de vergüenza, de tristeza e inconformidad. No sólo por tratarse de una vida digna y útil, sino por el más elemental de los derechos, que también poseen los muertos. Las demás circunstancias y actitudes humanas que a raíz de su muerte hicieron, innecesariamente, rodar su buen nombre para la comidilla pública, deberán recibir, a pesar de nuestro disgusto, el juicio inexorable del tiempo...